

María Martínez

Yo, tú
y un quizás

CROSS
BOOKS

Obra editada en colaboración con Editorial Planeta – España

© 2022, Texto: María Martínez

© 2022, Editorial Planeta, S. A. – Barcelona, España

Derechos reservados

© 2023, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial CROSSBOOKS M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

© Imagen de portada: Elena Pancorbo

Primera edición impresa en España: noviembre de 2022

ISBN: 978-84-08-26005-9

Primera edición impresa en México: marzo de 2023

ISBN: 978-607-07-9811-5

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeM-Pro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso en México –*Printed in Mexico*

Para vosotros, ojalá voléis muy alto

1

Ren

Existe la maldad, es un hecho.

Y existen las personas perversas.

Las hay que ya nacen con ese demonio dentro y no necesitan razones para usarlo, solo un pretexto que les haga sentir que tienen motivos para ser como son. Cobardes cuya fuerza es la crueldad. Dañan y torturan sin ningún remordimiento y propagan ese mal. Inyectan a sus víctimas con esa misma violencia. Colocan la semilla en su interior. La alimentan hasta que germina y comienza a nutrirse por sí misma; y la convierten en una pequeña bomba con una mecha muy corta, que apenas necesita una chispa para prender.

Yo lo sabía muy bien, llevaba toda mi vida batallando contra ese impulso. Contra ese tictac constante dentro de mi pecho. Pendiente de cada pequeño indicio que pudiera indicarme que me encontraba a punto de sobrepasar mi límite. De estallar.

Nietzsche decía que quien con monstruos lucha cuide de convertirse a su vez en uno. La verdad que contenía esa frase era la que me mantenía a raya.

Me daba miedo mirarme un día en el espejo y verlo a él. Su rabia y su violencia formaban parte de mí, habían echado

raíces en mi interior mientras me defendía de sus golpes. Las había usado para aguantar, para hacerme más fuerte. Sin embargo, la razón no cambia la naturaleza. Y un golpe no deja de ser un golpe, independientemente del motivo que te empuje a darlo.

Pese a ello, no siempre podía controlar mi temperamento y en ocasiones perdía el control.

Tic, tac, tic, tac... y cuando esa cuenta atrás llegaba a cero, no había modo de detenerme. Era como una locomotora sin frenos, que siempre acababa descarrilando.

Tic, tac, tic, tac...

A veces, estrellarse es la única forma de recuperar el control.

2

Ren

Mi móvil vibró sobre la mesa. Lo localicé bajo un montón de papeles y le eché un vistazo a la pantalla. Otro mensaje de Miku recordándome que habíamos quedado a las siete y media en ese pub de Shoreditch que tanto le gustaba a Luke.

Estiré la espalda con los brazos por encima de la cabeza y volví a mirar el puñado de dibujos desperdigados sobre mi mesa. Eran buenos, muy buenos, siendo sincero, pero no lo que buscaba. Nuestros juegos llamaban la atención por el diseño de los personajes, repleto de detalles y matices, que alcanzaban un nuevo nivel de perfección una vez que los modelábamos y animábamos. Su realismo era acojonante, como si el juego fuese una cinemática en sí mismo.

Negué con la cabeza y levanté la vista. Desde el otro lado de la mesa, Kenji me observaba.

Kenji era productor y ejecutivo en Sony, y nuestro enlace con la compañía desde que habíamos firmado el último contrato.

—Este tío es bueno y me gustan sus ideas, pero no encaja con nosotros —dije convencido.

Kenji se inclinó hacia delante y soltó todo el aire por la nariz. Podía ver cómo se le agotaba la paciencia.

—De acuerdo, seguiremos buscando, pero tienes que ser más abierto de mente y...

—No hace falta, ya he tomado una decisión.

—¿Qué decisión? —me preguntó con cautela.

—Este equipo solo funciona completo y falta un miembro. Esperaremos a Jun.

—¡Aún faltan tres meses para su vuelta!

—Uno, se licencia a mediados de marzo.

—Ya deberíamos tener al menos la mitad del diseño y la conceptualización del juego. Visión técnica, narrativa... Y no hay nada, Ren.

—Cumpliremos con los términos y sin prórrogas, como hasta ahora.

—Ren...

—¿Quieres más millones de copias vendidas de los próximos juegos? —le pregunté en un tono más cortante de lo que pretendía.

Kenji volvió a repantigarse en la silla y me observó con los labios convertidos en una línea muy fina. Inspiré un par de veces y traté de mostrarme tranquilo y seguro.

—Escucha, los personajes, la estética, la historia de cada uno de nuestros juegos... Todo eso ha salido de la cabeza de Jun. Un cuerpo dejará de funcionar si le arrancas el corazón y pones un reloj en su lugar, ¿verdad? Ambos laten, pero solo uno posee vida. Jun es el corazón de este equipo. —Señalé los dibujos que había sobre mi mesa—. Todos esos creativos no son más que relojes.

Kenji observó las ilustraciones y los guiones que habíamos recibido en los últimos días por parte de creativos externos. Después paseó la vista por las paredes, de las que colgaban los diseños de Jun. Casi podía oír los engranajes de su cabeza en movimiento mientras pensaba. Tras un largo momento de silencio, se puso en pie.

—De acuerdo, esperaremos a Jun.

Apreté los labios para no sonreír y también me levanté.

—No te arrepentirás.

—Eso espero, Ren. Confío en ti. Te llamo en un par de semanas para programar la última prueba de *Wildland of Dark 2*.

—Estaremos listos.

Lo acompañé hasta la puerta, donde nos despedimos con un apretón de manos.

Una vez que Kenji se marchó de vuelta a su hotel, volví dentro y me dejé caer en el sofá.

Estaba agotado. Las últimas semanas habían puesto a prueba los límites de todo el equipo. Días interminables de análisis, pruebas y solucionar fallos. Noches en el estudio, durmiendo a ratos solo cuando el cansancio nos vencía. Forzando nuestras mentes y cuerpos más allá de lo racional. Sin embargo, el resultado había merecido la pena. La segunda parte de nuestro juego estaba terminada y, para celebrarlo, habíamos recibido la gran noticia de que la primera parte había alcanzado los cuatro millones de unidades vendidas entre los formatos para consola y PC. ¡Una pasada!

Me moría de ganas de poder contárselo a Jun, pero eso tendría que esperar.

Solo un mes más. Un mes y estaría de vuelta. Entonces, todo volvería a ser como antes.

¡Dios, el tiempo había pasado tan despacio desde que él se marchó! Un año y nueve meses, que se me habían antojado una década. Cargar yo solo con el peso del estudio había sido una pesadilla. Y aunque Miku había sido un gran apoyo, la responsabilidad de las decisiones y sus consecuencias había recaído solo en mí.

Mi teléfono vibró con otro mensaje.

Me espabilé de golpe. Llegaba tarde.

Apagué los equipos, las luces y cerré el estudio.

Después fui en busca de mi moto y me dirigí al este, hacia Hackney.

La noche era muy fría y la humedad se te colaba a través de la ropa y te calaba hasta los huesos. Estábamos a mediados de febrero y soplaban un viento gélido y molesto que sacudía los árboles y arremolinaba las hojas que se acumulaban en el suelo. En los jardines y parques, aún se podían ver los restos de la última nevada, que había caído dos semanas atrás.

Veinte minutos más tarde, aparcaba junto a un puesto de comida rápida.

Escudriñé los alrededores, mientras limpiaba con la mano los trocitos de hielo que se habían adherido a la visera del casco. Después lo guardé en la maleta.

Me fijé en el chico del puesto. No tendría más de veinte años y pasaba el rato jugando con su teléfono, sentado en una silla bajo el toldo del pequeño camión. Sonreí al reconocer la música y los sonidos de nuestro último juego para móvil. Me acerqué con disimulo y le eché un vistazo a la pantalla.

—¡Joder, me ha vuelto a vencer! —gritó de repente, al tiempo que lanzaba una patada al aire—. Mierda, mierda, mierda... Es imposible pasar este nivel.

Me reí, no pude evitarlo. El chico alzó la cabeza y me miró con malas pulgas.

—¿Quieres algo?

—Te digo cómo pasarlo si me vigilas la moto.

—Sí, seguro —rezongó suspicaz.

—Sé cómo vencer a la araña.

—Tío, es imposible. Le he lanzado todo lo que tenía y solo le he hecho cosquillas.

—Ese bicho es la parte fácil. El jefe que viene a continuación sí que va a provocarte un infarto.

Arqueó una ceja, menos desconfiado.

—¿De verdad sabes cómo derrotarlos?

—Ajá.

—¿A los dos?

—Podría pasar el juego entero con los ojos cerrados —le aseguré. Él entornó la vista y yo inspiré sin mucha paciencia, llegaba tarde—. ¿Hay trato?

Se encogió de hombros.

—Vale. ¿Qué hago?

Volvió a sentarse en la silla y yo me agaché a su lado.

—De acuerdo, inicia partida. No vayas hacia delante, da la vuelta.

—Pero la mazmorra... —Le dediqué una mirada de suficiencia que le hizo apretar los dientes. Resopló—. Doy media vuelta.

—Antes has pasado junto a una iglesia en ruinas. Vuelve ahí, escala hasta el campanario y arranca la cruz que corona la aguja.

—¡No me jodas, es una espada! —exclamó cuando su personaje empuñó el arma.

—Hay que estar atento a los detalles, chaval.

—¿Quién lo iba a imaginar? —Se rio con ganas—. ¡Esta cosa es enorme!

—Es una Claymore de un metro sesenta y cinco kilos de peso. Difícil de manejar, pero si en el nivel anterior encontraste los guanteletes del brujo, no tendrás ningún problema para ganar —le expliqué, orgulloso de mi propia creación.

—Sí, sí, los encontré, aunque pensaba que solo eran un tesoro. —Se le escapó una risa ronca—. ¡Gracias, tío, te debo una!

—Cuida de mi moto y estaremos en paz.

—Claro, como si fuese mía. Yo me encargo.

—Gracias, colega.

Me llevé la mano a la cabeza a modo de despedida y me dirigí al pub donde había quedado con los chicos para celebrar los cuatro millones de copias vendidas. Al acercarme a la puerta, me encontré con todo el grupo aún en la calle.

—¿Qué hacéis aquí?

—Liam se marcha —dijo Miku.

Recorrí sus caras, el ambiente de fiesta se había esfumado. Busqué la mirada de Liam, que parecía empeñado en rehuir la mía.

—¿Qué pasa?

—Son esos tíos de ahí —comentó Lisa, mientras señalaba con disimulo por encima de su hombro—. Han comenzado a insultar a Liam en cuanto hemos llegado.

—¿A insultar? ¿Qué clase de insultos?

—Ya sabes, por su... Lo que él... —Lisa no parecía capaz de acabar la frase.

—Lo han llamado comepollas y marica —intervino Luke. Se giró hacia Liam—. Aún puedo volver y hacer que se traguen toda esa basura.

Liam, ruborizado, negó con la cabeza.

Fruncí el ceño. A no ser que esos tíos tuvieran un detector de gais en el culo, ya debían de conocer a Liam.

—¿Quiénes son? —le pregunté.

—Antiguos compañeros de instituto. Ya eran unos cretinos entonces y no parece que hayan cambiado mucho. —Sacudió la cabeza—. No pasa nada, de verdad. Solo son palabras. No me importa.

—¿Y te marchas porque no te importa? —lo cuestioné.

Me pasé la mano por la cara e inspiré con fuerza. Mi mirada voló hasta los idiotas que querían fastidiarnos la noche e hice contacto visual con uno de ellos. Su sonrisa despectiva me hizo apretar los puños.

Tic, tac, tic, tac, tic, tac...

—De aquí no se va nadie. Hemos venido a celebrar y es lo que vamos a hacer.

Miku me miró desconfiada y negó con la cabeza, era la que mejor me conocía de todos ellos. Por ese motivo, Jun le había pedido que cuidara de mí durante su ausencia. ¡Como si lo necesitara!

—Ren, no vamos a quedarnos. Hay otros muchos sitios a los que podemos ir.

—¿Y que Liam baje la cabeza como si tuviera que avergonzarse de ser él mismo? De eso nada, nos quedamos aquí.

Agarré la mano de Liam, que me miró como si yo acabara de perder la cabeza, y entrelacé mis dedos con los suyos. Tiré de él hacia la entrada del pub. Después le rodeé los hombros con el brazo y le planté un beso en la sien, como tantas veces había hecho con Emily. Trató de apartarse. No se lo permití; al contrario, lo pegué a mi costado mientras miraba con descaro a sus compañeros de instituto, les guiñaba un ojo al pasar por su lado y les devolvía la sonrisa.

Cruzamos las puertas del pub y el olor a cerveza nos golpeó en la cara.

—¿Por qué has tenido que hacer eso? —me preguntó Liam.

—¿Qué pasa, no soy lo bastante guapo para ser tu novio? —bromeé mientras me abría paso entre la gente hasta la barra.

Él chasqueó la lengua, disgustado.

—Hablo en serio, Ren. No había necesidad de montar el numerito.

—¿Es mejor bajar la cabeza y huir como si hubiera algo malo en ti? El problema lo tienen ellos, no tú.

—No puedo pelearme con todo el que me llama marica. Me detuve y lo miré a los ojos con más paciencia de la que sentía.

—Ni yo quiero que lo hagas, Liam. Nunca te metas en una pelea, pero tampoco te escondas. Debes demostrarles a todos esos idiotas que no te importa su opinión, hasta que tú mismo lo creas sin dudar, ¿entiendes?

—¿Por qué te importa tanto?

—Porque eres mi amigo —le respondí como si fuese lo más obvio del mundo. Le puse la mano en el hombro y le di un ligero apretón—. Escucha, si no te defiendes cuando alguien intenta hacerte daño, si permites que te traten mal solo porque creen que tienen ese derecho o piensan que son mejores que tú, llegará un día en el que terminarás creyendo todas sus mierdas y perderás la fe en ti mismo. Y si la pierdes, no te quedará nada. ¡Nada! —enfaticé esa palabra con otro apretón en su hombro—. Y no lo digo por decir, sé de lo que hablo.

Liam bajó la mirada al suelo. Después la alzó un momento al techo antes de volver a clavarla en mi rostro. Abrió la boca un par de veces, como si buscara el modo de decir algo que le resultaba difícil.

—Es que yo no soy como tú, Ren. Mírate. Eres la clase de títo al que cualquiera querría parecerse. Gustas a todo el mundo, eres divertido y siempre estás tan seguro de ti mismo.

Encogió los hombros con un gesto de derrota.

—Oye, no te fíes de lo que se ve a simple vista, nadie es lo que parece.

—Pero en mi caso no hay más que lo que se ve.

—A mí me gusta lo que veo, Liam —le aseguré—. ¿Por qué crees que he preferido doblar la prima del seguro a despedirte?

Me dedicó una sonrisa burlona.

—¿Porque soy tu mejor programador?

—Sí, eso ha influido bastante —me reí mientras movía la cabeza—. También porque eres una buena persona y en el

estudio todos te quieren. Así que deja que nos preocupemos por ti, ¿de acuerdo?

Tragó saliva y se humedeció los labios, más avergonzado por mis cumplidos que molesto por mi comportamiento.

—Vale, pero no vuelvas a hacerte pasar por mi novio. No hay quien se lo crea.

—Pero ¿qué dices? ¿Tú nos has visto bien? Somos como una versión mejorada de Troye y su novio. —Liam me miró como si me hubiera salido otra cabeza y arqueó las cejas—. ¿Te sorprende que lo conozca?

—Troye Sivan no hace precisamente el tipo de música que a ti te va.

—Estás muy equivocado conmigo —repuse, y comencé a canturrear la letra de su canción *There for you*—: *So when your tears roll down your pillow like a river... I'll be there for you... I'll be there for you...* —Y me vine arriba sin miedo al ridículo, mientras señalaba mi corazón y luego a él—. *I'll be loud for you... But you gotta be there for me too. Boy, I'm holding on to something. Won't let go of you for nothing...*

Logré que se riera.

Me empujó en el pecho y yo le rodeé el cuello con el brazo. Después lo arrastré conmigo hasta la mesa donde se habían reunido los demás. Liam me recordaba un poco a mi antiguo yo. Es duro enfrentarse al rechazo de los demás, sobre todo cuando logran que te cuestiones a ti mismo. Cuando consiguen que te sientas un ser defectuoso e inferior y te hacen creer que respirar su mismo aire es un gesto caritativo que debes agradecer.

Acababan de servirnos la segunda ronda de bebidas cuando los tíos que habían insultado a Liam entraron en el pub. Ocuparon una mesa alta y enseguida repararon en nuestra presencia. Eran idiotas y parecían decididos a demostrarlo.

Puse todo mi empeño en ignorarlos. Hice oídos sordos a

las risas y los comentarios malintencionados. A los diálogos forzados que buscaban una reacción. Traté de centrarme en la conversación, pero llegó un momento en el que la presencia de esos cretinos era lo único que percibían mis sentidos. Como cuando aparece un mosquito en el silencio de la noche y el mundo entero comienza a girar en torno a ese zumbido.

—Voy al baño —anuncié al tiempo que me ponía en pie.

Necesitaba despejarme y aliviar el calor que parecía concentrarse a la altura de mi pecho y en mi rostro. Me abrí paso entre la gente que abarrotaba el local. De repente, alguien chocó contra mi hombro. Levanté la mirada y me encontré con el tío que me había sonreído en la puerta.

—¡Oh, perdona! ¿Te he hecho daño?

No pude pasar por alto su tono amanerado, ni el gesto afeminado. La forma en la que fruncía los labios, como si me lanzara besitos con cada palabra que pronunciaba. El muy idiota intentaba provocarme, amparado en la seguridad que sus amigos le brindaban. El pulso que me latía en el cuello se disparó. Podía sentirlo en los oídos. Su eco taladrándome las sienes.

Forcé una sonrisa y alcé las manos con un gesto de paz. A continuación, seguí mi camino.

—Marica —tosió uno de ellos.

«No te detengas. Sigue adelante. Sigue adelante», me dije a mí mismo.

Entré en el baño y abrí el grifo. El agua salía tan fría que habría revivido a un muerto. Me mojé la cara y el cuello. Sin embargo, cuando eso no funcionó para despejarme, acabé metiendo la cabeza bajo el chorro helado. Con las manos a ambos lados del lavabo, cerré los ojos. Por los altavoces comenzó a sonar una canción que conocía muy bien. Me dejé llevar por la música, la voz de RM y todo lo que transmitía, y me

concentré en la letra buscando un desahogo. La repetí en mi mente, mientras movía la cabeza al ritmo de ese rap:

—*So, I'm askin' once again. Who the hell am I? Tell me all your names, baby. Do you wanna die? Oh, do you wanna go? Do you wanna fly? Where's your soul? Where's your dream? Do you think you're alive?*

«Ni puta idea.»

No estaba funcionando.

No era el mejor momento para empezar a pensar en preguntas introspectivas sobre la existencia y mis taras. Ni para animarme a aceptar que la peor versión de mí mismo me hace más humano.

Inspiré hondo, la sensación que me recorría el cuerpo era horrible.

Tic, tac, tic, tac, tic, tac...

Pensé en Jun, en lo último que me dijo en medio de aquel aeropuerto antes de su marcha: «Pórtate bien. Sé bueno».

Y yo le había prometido que no me metería en líos.

Desde entonces, había hecho lo indecible para cumplir esa promesa.

E iba a romperla una vez más.

Tic, tac, tic, tac...

La puerta del baño se abrió y golpeó la pared.

—Tío, yo no pienso mear con ese marica ahí.

Abrí los ojos y ladeé la cabeza.

Tic, tac, tic, tac...

Allí estaban, mirándome como si fuese un insecto asqueroso.

Esa fue la chispa que prendió la mecha.

La señal que bloqueó cualquier pensamiento racional.

Algunas veces, estrellarse es la única forma de recuperar el control.

3

Ren

No puedes arreglar algo que finges que no está roto. Ni superar un problema si no lo miras de frente. A veces, el único modo de continuar es avanzando hacia delante, casilla a casilla, enfrentándonos a los dados que el destino decida lanzar por nosotros. Reunir el valor para dejar atrás lo que ya no respira. Aceptar el dolor que vas a provocar. El que sentirás.

Y cómo cuesta abrir los ojos a esa realidad. Asumir que los sentimientos cambian, que las necesidades no siempre son compartidas y el tiempo no transcurre a la misma velocidad para todos. Que la solución no pasa por destrozarte a ti mismo intentando cambiar a los demás para que encajen en ese futuro perfecto que te has imaginado. Tampoco en permanecer a la espera de que sean ellos los que se aburran de intentarlo y se conformen con lo poco que puedes ofrecerles.

Cuesta cuando te aferras a la persona equivocada y no quieres admitirlo.

Cuando esa persona se convierte en un muro contra el que no dejas de chocar, día tras día.

Cuando tú eres la pared que frena la huida y aguantar un poco más, para no sentirte culpable por no haberlo intentado, se convierte en un laberinto del que no sabes cómo salir.